

*El 31 de diciembre de 1977 entregaba su alma a Dios el P. Abad. D. Gabriel Brasó, Abad Presidente de la Congregación Sublacense.*

*Conociendo la grave enfermedad que lo aquejaba, y presintiendo muy próximo su fin, escribió estas dos cartas que publicamos como un homenaje a su querida memoria.*

*Ellas revelan al monje y al hombre de Dios y nos dan una lección preciosa que habrá que asimilar en el silencio de una pausada meditación.*

Montserrat, para el Adviento de 1977

Muy amados en el Señor:

¿Me permitiréis que en esta carta os hable de mí mismo? Hablar de sí mismo puede ser signo de orgullo o de vanidad, de inmadurez moral o psíquica, o tal vez de decadencia senil. Yo creo que me siento impulsado a ello por un deber de caridad fraterna y de agradecimiento. Desde el mes de junio, me doy cuenta que soy centro de una corriente de interés y de afecto fraterno, que procede de los monasterios y de tantas personas buenas y caras que me han manifestado profundos y delicados sentimientos y que, individualmente o en comunidad, ofrecen por mí al Señor sus plegarias. En ocasión del Congreso de la Confederación Benedictina en Roma, muchos abades, en particular el Sínodo de los Presidentes, han tenido la delicadeza de renovarme los signos de su afecto y benevolencia. ¡Me siento tan agradecido a quienes, y pongo en primer lugar al Santo Padre, se han interesado por mí! Mi carta quisiera ser un ¡gracias! muy sincero a todos ellos y una manera de corresponderles cordialmente con toda mi confianza.

Pues, ¿qué sucedió? En general, lo sabéis. Una pequeña molestia, a la que yo no atribuía particular importancia, después de varios meses me obligó a someterme a una intervención quirúrgica. La operación puso de manifiesto una causa grave, que no podía ser extirpada. En esta situación, aunque hasta el presente la dolencia no me afecta muy sensiblemente, he tenido que suspender los viajes que tenía en proyecto y he debido trasladarme a mi monasterio de Montserrat para someterme a un tratamiento especial bajo el control de los médicos. Esto no me impide participar normalmente en la vida regular de la comunidad, he podido proseguir las demás actividades propias del presidente de la Congregación, me fue permitido asistir al Congreso de los Abades en Roma, durante el cual pude desarrollar una actividad superior a la ordinaria. Pero, permanece mi estado precario con la amenaza para un futuro más o menos próximo. Estoy en manos de los doctores y, mas exactamente, en las manos de Dios.

Debo confesar que ha sido para mí una experiencia nueva: yo no había estado nunca enfermo. La enfermedad es una gran lección de vida. Como signo de afecto, de agradecimiento y de confianza, quisiera ahora proponer a nuestra común reflexión algunos aspectos de esta experiencia. Quizá os pareceré ingenuo, particularmente a quienes hicieron ya larga experiencia de la enfermedad. Lo que sí quisiera evitar a todo trance es que mi confianza pudiese contener siquiera una sombra de pedantería: hablo con el corazón abierto: como un hermano a sus hermanos.

¿Me creeréis si os aseguro que presentía alguna broma por parte del Señor? Mientras redactaba la última carta que os dirigí, en ocasión de la pasada Cuaresma, varias veces tuve la sensación de que, con lo que allí os exponía, llegaba al término del mensaje que, por espacio de varios años, he ido comunicándoos. Además, Dios me había concedido una salud más que normal para ponerla al servicio de la Congregación. Ella me permitía entregarme sin límites y sin cansancio a las exigencias de mis deberes de Presidente, dentro de la línea pastoral señalada por el Capítulo General que me eligió. Pero

más de una vez pensé que otros quizá no podrían mantener una tal actividad, que me parecía estar por encima de las posibilidades normales de una persona de media edad. Yo mismo tenía el presentimiento de que esto no podría durar hasta el fin de mi mandato. De hecho, ha bastado un pequeño toque del Señor para decirme: “Ahora basta ya; ahora, un poco más de estabilidad. Hasta hoy has servido a la Congregación y a los monasterios con este dinamismo; en adelante los servirás de otra manera”. Esta es mi situación actual.

Cierto es que esto supone un cambio de perspectivas, que se ha impuesto de por sí improvisadamente, quizás cuando menos lo imaginaba. El Señor –él mismo lo dijo– frecuentemente se presenta como un ladrón. Pero, en todo caso, es un ladrón simpático, que siempre obra con un cierto humor. En mi caso, más que como un ladrón, yo lo veo como un maestro que ha venido a darme algunas lecciones prácticas de vida monástica, cobrándose el importe por adelantado. No con ánimo ruin o por desconfianza; antes bien porque lo que podría parecer precio de sus lecciones debía ser precisamente el objeto de su amaestramiento. Compartir con vosotros las enseñanzas del Señor ya no será hablar de mí mismo, sino más bien invitaros a ponernos conjuntamente a la escucha de su Palabra. En mis cartas anteriores procuré exponeros algún aspecto de la vida monástica, según me parecía exigirlo la fidelidad a nuestra vocación. Hoy, en cambio, procuraré transmitirlos las enseñanzas que el Señor ha querido darme, sirviéndose de una experiencia de vida.

La primera impresión que se experimenta ante un hecho así, imprevisto y que repentinamente trastorna la vida, es la de una gran pobreza. Te sientes despojado de todo, privado de toda seguridad y de toda riqueza. Al propio tiempo, te das cuenta de que la riqueza, que constituía tu seguridad, era puramente imaginaria. Consistía en tus cálculos, en tus proyectos, en tus pretensiones; todo ello, por supuesto, inspirado por un buen celo, pero en gran parte se apoyaba sobre valores humanos sin consistencia. Este despojamiento repentino y, podríamos decir, total en cuanto afecta aspectos muy importantes de la vida engendra una gran libertad de espíritu. Te encuentras verdaderamente liberado, como descargado de un peso molesto, no atado a nada, capaz de mirar con ojo simple y puro las cosas de este mundo, tan relativas, a las cuales en otras circunstancias hubieras atribuido gran importancia, y que ahora puedes apreciar con total desprendimiento como algo que no te concierne.

En compensación, te encuentras en las manos de Dios. Todos estamos siempre en las manos de Dios. Pero, en cuanto contamos con nuestras propias seguridades, esta realidad pierde valor y eficacia en nuestra estimación práctica. Por el contrario, cuando todas las seguridades humanas han desaparecido, la conciencia de estar en las manos de Dios se vuelve evidente e imperativa. En efecto, saber que estás en las manos de Dios no significa simplemente creer que dependes de El en todo y por todo, sino también sentir que eres objeto de una particular y amorosa providencia suya. De ahí brota una profunda paz interior y una seguridad imperturbable. Entonces te das cuenta de que lo que habías intentado lograr, sin éxitos muy espectaculares, durante toda tu vida de monje –me refiero a la plena disponibilidad de obediencia y de amor, según la describe san Benito en el cuarto grado de la humildad–, el Señor lo cumple en ti como la cosa más simple. ¿No es éste el proceso que, en una forma u otra, el Señor lleva a cabo en la vida de todo monje deseoso de permanecerle fiel hasta el fin?

Otra experiencia muy consoladora es la de la bondad de los hombres. Te encuentras como sumergido en un mar de atenciones, de cuidados, de delicadezas, aún por parte de personas que no tenían ningún motivo particular que las obligase a ello o de quienes nunca hubieras esperado semejante manifestación de afecto. Por otra parte, el Señor suscita una particular sensibilidad para captar y apreciar tales delicadezas. El corazón se ablanda y se llena de gozo en contacto con la bondad de los hermanos. Sientes que todos los hombres son buenos y, me atrevería a decir, únicamente buenos. En cada persona percibes aquello que constituye la parte más profunda y más verdadera de su ser: la bondad de Dios que lo plasmó y que allí permanece. Parece como una preguetación de lo que será la comunión de los santos en el cielo.

De manera muy particular, las relaciones con los hermanos de la propia comunidad quedan sublimadas. Ya no se ve nada de lo que, en circunstancias ordinarias, podía ser motivo de diferencias personales. Sólo se percibe el amor de Cristo que cada uno de ellos posee y comunica. Te das cuenta

de que la comunidad es, en realidad, un sacramento de Cristo, que prepara y da continuidad a la Eucaristía de cada día. Y quedas estupefacto al constatar que, como por arte de magia, independientemente de toda previsión y actuación, se derrumban antiguas murallas que parecían indestructibles, florecen los desiertos, y todo irradia bondad y júbilo. Yo pienso que tal es, en verdad, la realidad eclesial que ocultamente se va construyendo en toda comunidad monástica que se esfuerza para purificarse de las espinas de los escándalos que suelen nacer cada día entre los hermanos (RB cap. 13), si ella se nutre constantemente con el espíritu del “Padre nuestro”. Pienso que ésta debe ser la visión que los ángeles del cielo tienen de una comunidad monástica que procura poner en práctica el celo bueno (cap. 72), aunque nosotros no seamos capaces de constatar tal realidad porque somos demasiado sensibles a las pequeñas cosas que, por de fuera, diferencian a los hermanos, unos de otros, y tal vez los separan y dividen.

Ahí está todavía la experiencia del contraste entre la actividad de antes y la relativa inactividad de ahora. Te das cuenta de que ya no eres el mismo: te faltan las energías y las posibilidades de que, hasta hace poco, disponías. Pero también constatas que el no-poder-hacer de ahora es otra-manera-de-hacer que, en las manos de Dios, adquiere una utilidad y una eficacia muy grandes para el servicio de la Iglesia y de los hombres. Sin embargo, este hecho no resulta evidente: tiene que ser vivido en la fe, sobrepasando las impresiones de la sensibilidad. De no ser así, corres el riesgo de caer en el desánimo o en una indolencia más grave que la enfermedad misma. En condiciones normales, un hombre cuerdo y creyente percibe fácilmente que en su propia actividad habitual, aunque ésta esté toda dedicada al Reino de Dios, se mezcla necesariamente una gran cantidad de pasiones. Ciertamente, no puede prescindir de ellas puesto que constituyen la fuerza impulsiva de todo acto humano, pero frecuentemente cobran excesiva preponderancia hasta desfigurar o desmerecer la obra de Dios. De ahí, que, cuando constatamos los frutos positivos de nuestro celo pastoral, debemos reconocer que, ante Dios, “no es oro todo lo que reluce”.

Cuando, de improviso, te ves obligado a la inactividad, este peligro desaparece. Pero hay que estar muy atento ante otro peligro que se insinúa: el peligro de dejarse caer en un cómodo no-hacer-nada egoísta y exigente. La ambición, que antes excitaba el dinamismo, puede ceder su lugar a la indolencia y al cuidado exclusivo de sí mismo. Puedes creer fácilmente que estás abnegándote y sufriendo por el Reino de Dios, cuando de hecho te has constituido en centro pasivo de un pequeño mundo que debe interesarse por ti y que debe cuidarte, previniendo y satisfaciendo todas tus necesidades. La actitud justa del hombre creyente, que está convencido de estar en las manos de Dios, no consiste en la voluntad de hacer, ni en la aceptación pasiva del no-poder-hacer, sino en el sincero deseo de dejar hacer. Dejar hacer a Dios, quien tiene la iniciativa, quien ordena los medios y obra sirviéndose de las causas segundas, sin dar explicaciones. Dejarlo hacer, pero colaborando con Él. Colaboración significa aceptación positiva, sin reservas, sin dejarse caer en la depresión y sin cruzarse de brazos, sin querer ir más aprisa ni más despacio del ritmo que Él marca con su paso, manteniendo siempre vivo el deseo y la grande esperanza de hacer camino junto con Cristo hacia el Padre.

Cuando se está enfermo no se tiene mucho ánimo para orar: la oración resulta más humilde y más pobre, incluso hay momentos en que se vuelve pesada, a causa de la debilidad natural. Entonces aprecias mejor la ventaja de formar parte de una comunidad orante, a la que te unes como puedes, en calidad de miembro doliente. Interiormente, cuentas más bien con la plegaria que el Espíritu Santo, desde lo íntimo del corazón, eleva intercediendo con gemidos inefables (*Rm 8,26*) y te unes a ella calladamente. Es de notar que semejantes situaciones de pobreza espiritual pueden ser bastante frecuentes en la vida del monje: no provienen únicamente de la debilidad física. Pero, cuando por un lado u otro interviene la cruz de Cristo y es aceptada con fe y humildad, aunque no se rece mucho, se mantiene vivo el espíritu de oración; la conciencia de la unión personal con Cristo se hace más habitual y profunda, los momentos de luz suelen ser más frecuentes e intensos, la mirada interior descubre más fácilmente en las personas y en las cosas la presencia y la acción de Dios, lo que provoca transportes de gozo en el Espíritu Santo. En unión con Cristo, en el sufrimiento se aprende la obediencia (*Hb 5,8*), que es una forma de oración muy pura.

Habréis ya intuido que todo el contenido de esta carta no es más que una expresión concreta de lo que

sucede en la vida de todo monje. En mis cartas anteriores había expuesto algunos aspectos de esta realidad monástica más profunda, de una manera más doctrinal y orgánica. Hoy lo hago sucintamente, a partir de una vivencia. No me aparto de la doctrina de san Benito. Siempre la vida del monje se reduce a un aprendizaje, a un intento de purificación, a un constante ejercicio de fidelidad en los pequeños deberes cotidianos, con un sincero deseo de mantenerse al nivel de los grandes principios de la Regla. Se trata de un trabajo lento, monótono, interminable, de todos los días, y que en general no se manifiesta muy eficaz. Pero, he aquí que de repente llega la hora del Señor. Entonces Él, por obra del Espíritu Santo y sirviéndose de la cruz, cumple y lleva a perfección, con gran facilidad y rapidez, aquel mínimo de vida monástica con el cual, cayéndonos y levantándonos, nos habíamos debatido por tantos años. Sería bueno que, siempre que esta hora del Señor llegue para uno de nuestros hermanos, estuviésemos atentos para escrutar, a través de su experiencia personal, los caminos y los procedimientos por los cuales el Señor se le hace presente y activo para llevar a buen término su obra en él. Puesto que también para nosotros, tarde o temprano, llegará aquella hora bendita que nos dispondrá para ir al encuentro del Padre.

Como todos los años, yo quisiera que esta carta fuese, a un mismo tiempo, como una exhortación de Adviento y una felicitación de Navidad para todas nuestras comunidades. Pero este año me place dirigirme más en particular a los monjes y monjas que están enfermos o angustiados o que, en una forma u otra, sienten el peso de la cruz. A ellos, de una manera especial, quisiera dirigir un mensaje de estímulo y de esperanza. El Señor ya está llegando. Él viene a llamar a sí a todos los que están cansados y acongojados para aliviarlos (*Mt 11,28*) haciéndose Él mismo compañero de nuestros misterios de dolor. En cambio, nos hará participantes de sus misterios de gozo por la fe y por la acción litúrgica de las próximas fiestas navideñas, mientras nos prepara, en la esperanza, para que podamos compartir con Él, en un día no muy lejano, sus misterios de gloria.

A todos, buenas fiestas de Navidad, en la paz y en la caridad que nos viene de Dios por Jesucristo nuestro Señor.

Montserrat, 31 de diciembre de 1977

Muy amados en el Señor:

No sé si en la última hora tendré lucidez y energías para escribiros. Me adelanto a hacerlo ahora, en unos momentos en que parece que el Señor, con su cruz, está dando los retoques necesarios para prepararme a su encuentro. Confío y espero que por sus méritos no tardaré mucho en pasar de este mundo al Padre. Es, para cada cual, el término bienaventurado de la Navidad y de la Pascua, que han sido objeto de nuestras celebraciones y de nuestras cartas. Ahora os escribo ésta para despedirme de vosotros. El Señor ha querido que nos conociéramos, que nos amáramos y que colaborásemos en la consecución de un mismo ideal. No sería correcto que me fuera sin saludaros.

Lo primero que os quiero decir, en estas palabras de despedida, es mi agradecimiento por todo lo que habéis sido para mí y hecho por mí, y por la acogida, el afecto fraterno y la colaboración que siempre me habéis prestado en el servicio de la Congregación.

Pero también quisiera pedirlos que, en estos momentos, os unierais a mi gozo y a mi acción de gracias:

- porque el Señor me ha amado y ha querido que lo conociera y lo amara;
- porque, a pesar de mis pecados y de mis infidelidades al Amor, El se ha hecho mi perdón y mi esperanza,
- porque me ha llamado a ser ministro suyo, monje y padre de monjes,
- porque a lo largo de todo mi paso por este mundo, desde la primera infancia hasta el día de hoy, me ha hecho encontrar en todas partes tantas personas buenas que me han amado, me han sido motivo de edificación y me han hecho la vida más bella y más amable;
- porque se ha querido servir de mí para hacer llegar su mensaje, su luz y su gracia a tantos

hermanos, y ahora se sirve de mi enfermedad para colaborar al bien de la Iglesia y a la paz del mundo.

Él bien sabía que yo era un siervo inútil y que, a causa de mi egoísmo y de mi pecado, no sería capaz de transmitir con pureza su luz y su amor. No obstante, ha querido que fuera siervo suyo. Confío que, por su misericordia y por vuestra caridad, querrá contarme entre sus siervos inútiles, pero fieles.

Mi último servicio a vuestras comunidades quisiera ser el de renovaros mi profunda convicción:

— de que el monje ha de ser un enamorado de Cristo;

— de que la doctrina espiritual de san Benito es siempre actual y eficaz para quienes hemos aceptado su Regla como norma para volver a Dios por el camino de la obediencia y de la cruz, que Cristo mismo recorrió el primero;

— que María está siempre cerca de quienes aspiran a acoger la Palabra de Dios y a ponerla en práctica;

— que el Espíritu Santo llevará a término nuestras aspiraciones de fidelidad y de amor, infundiéndonos en todo momento la alegría pascual, el espíritu de alabanza y el ferventísimo deseo de la vida eterna;

— que éste es el humilde y noble servicio que, como expresión de un amor auténtico, esperan la Iglesia y el mundo de los monjes.

Y mi último ruego es que con vuestro fervor de caridad me ayudéis a presentar al Señor mi última plegaria:

“Suscipe me, Domine...”. ¡Qué inapreciable es tu misericordia, oh Dios! Me acojo a la sombra de tus alas. Me saciarás de lo sabroso de tu casa. Me darás a beber del torrente de tus delicias, porque en ti está la fuente viva y tu luz nos hará ver la luz.

A todos, mi afecto, mi agradecimiento, mi bendición.

+ Gabriel Brasó